

Los tres lobitos y el Cochino feroz



BIBLIOTECA
COLECCION SAN JUAN

Eugene Trivizas
Ilustrado por Helen Oxenbury

Ediciones Ekaré

Reg. 3043
23/08/2011

*Para Grace
E.T.*

*A la memoria
de Stanley
H.O.*

EDICIONES
ekaré

Traducción: Alex Dearden

Séptima edición, 2010

© 1993 Eugene Trivizas, texto
© 1993 Helen Oxenbury, ilustraciones
© 1994 Ediciones Ekaré

Todos los derechos reservados

Av. Luis Roche, Edif. Banco del Libro, Altamira Sur
Caracas 1060, Venezuela

C/ Sant Agustí 6, bajos
08012 Barcelona, España

www.ekare.com

Publicado originalmente en inglés por Egmont UK Limited, Londres
Título original: *The Three Little Wolves and the Big Bad Pig*

ISBN 978-84-936504-9-0

Impreso en Perú por World Color Perú S.A.

*Para Grace
E.T.*

*A la memoria
de Stanley
H.O.*

EDICIONES
ekaré

Traducción: Alex Dearden

Séptima edición, 2010

© 1993 Eugene Trivizas, texto
© 1993 Helen Oxenbury, ilustraciones
© 1994 Ediciones Ekaré

Todos los derechos reservados

Av. Luis Roche, Edif. Banco del Libro, Altamira Sur
Caracas 1060, Venezuela

C/ Sant Agustí 6, bajos
08012 Barcelona, España

www.ekare.com

Publicado originalmente en inglés por Egmont UK Limited, Londres
Título original: *The Three Little Wolves and the Big Bad Pig*

ISBN 978-84-936504-9-0

Impreso en Perú por World Color Perú S.A.



Había una vez tres tiernos lobitos de piel mullida y colas de pelusa que vivían con su mamá. El primero era negro, el segundo, gris y el tercero, blanco.

Un día, la loba llamó a los lobitos y les dijo:

—Mis hijos, hay un momento en la vida en que es importante salir a recorrer el mundo. Viajar y construirse una casa. Pero siempre hay que tener cuidado con el Cochino feroz.

—No te preocupes, mamá. Nos cuidaremos de él —dijeron los tres lobitos, y salieron a recorrer el mundo.

Muy pronto encontraron un canguro que estaba empujando una carretilla llena de ladrillos rojos y amarillos.

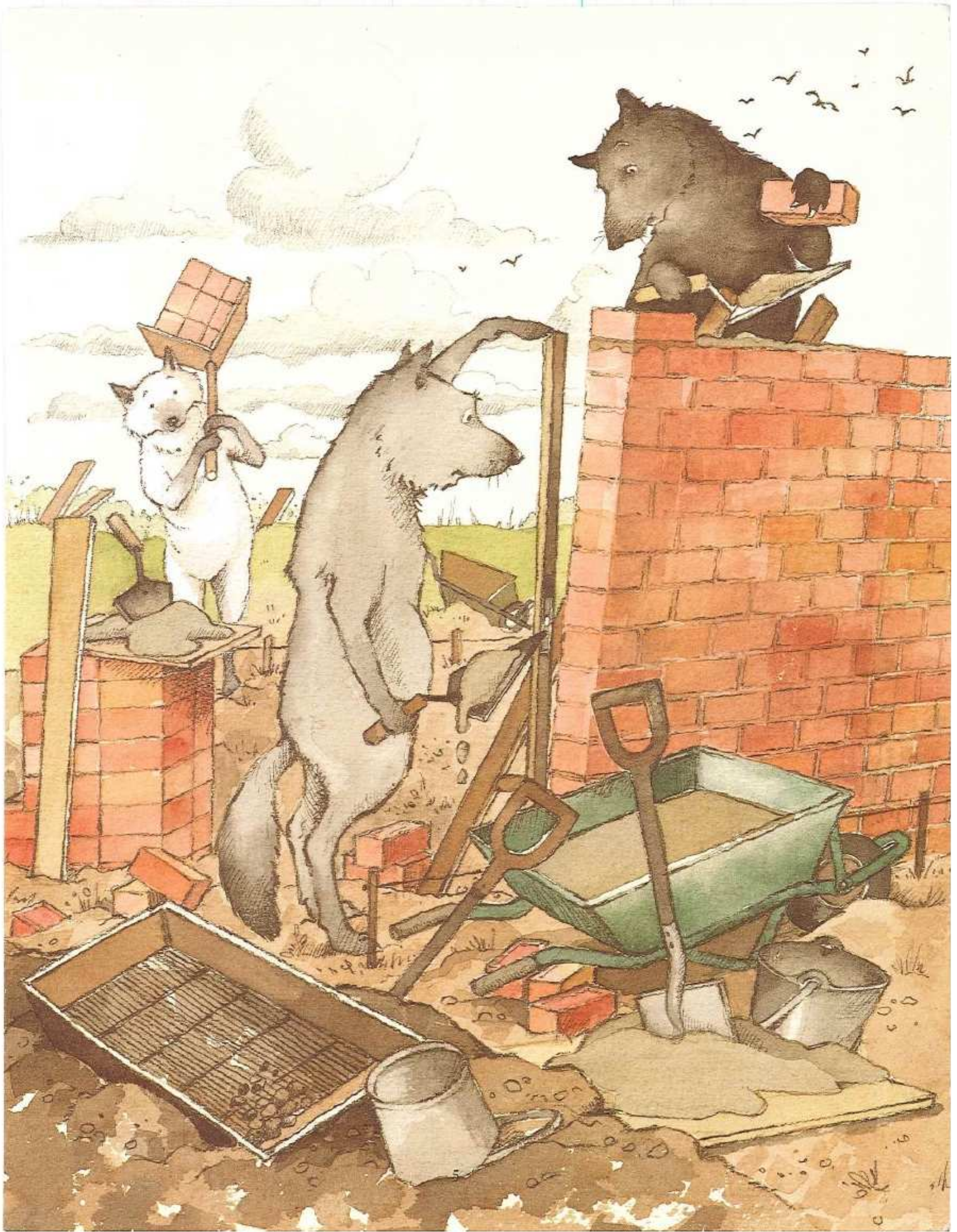
—Por favor, ¿podrías regalarnos algunos de tus ladrillos?

—preguntaron los tres lobitos.



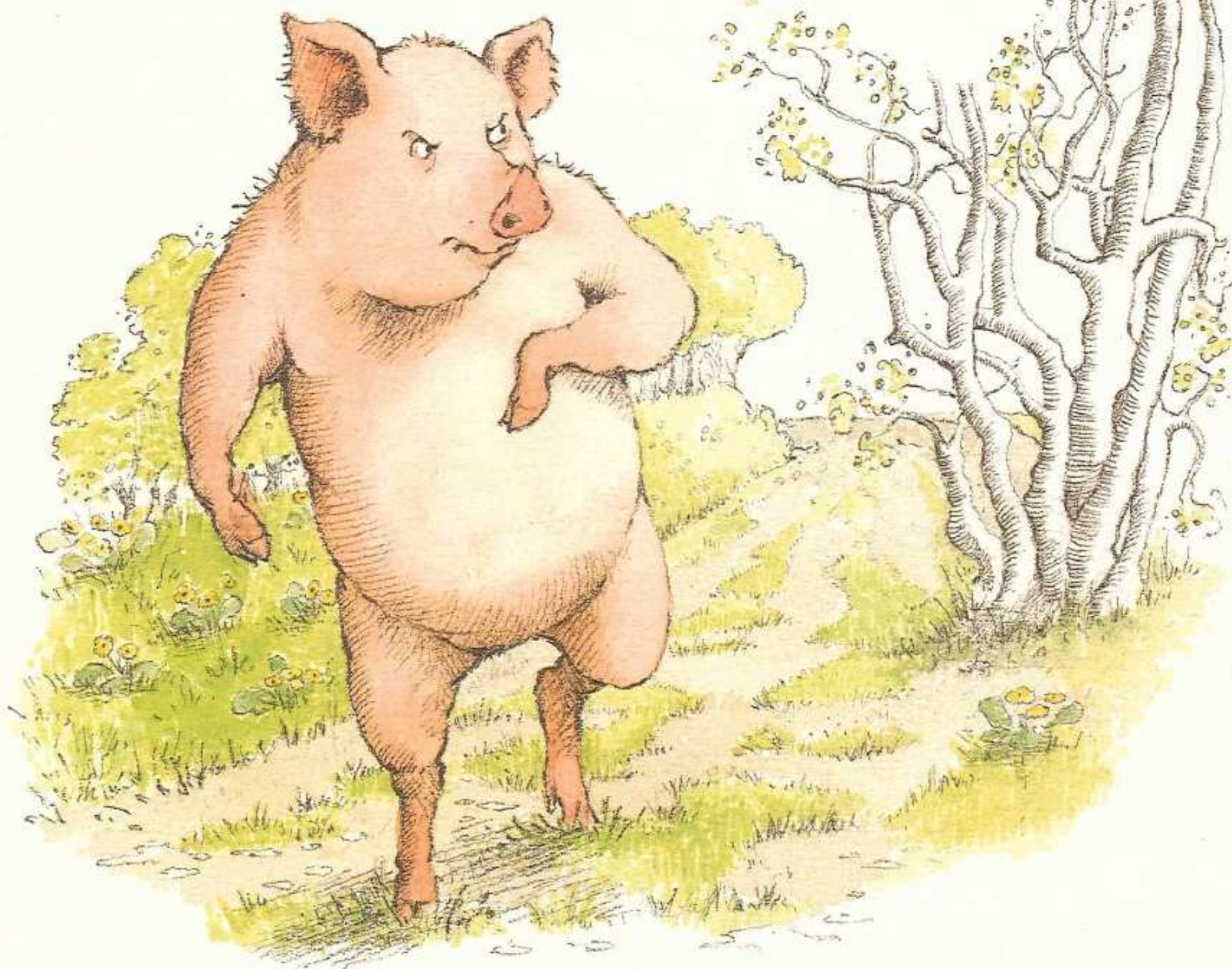
—Por supuesto —dijo el canguro, y les regaló muchos ladrillos rojos y amarillos.

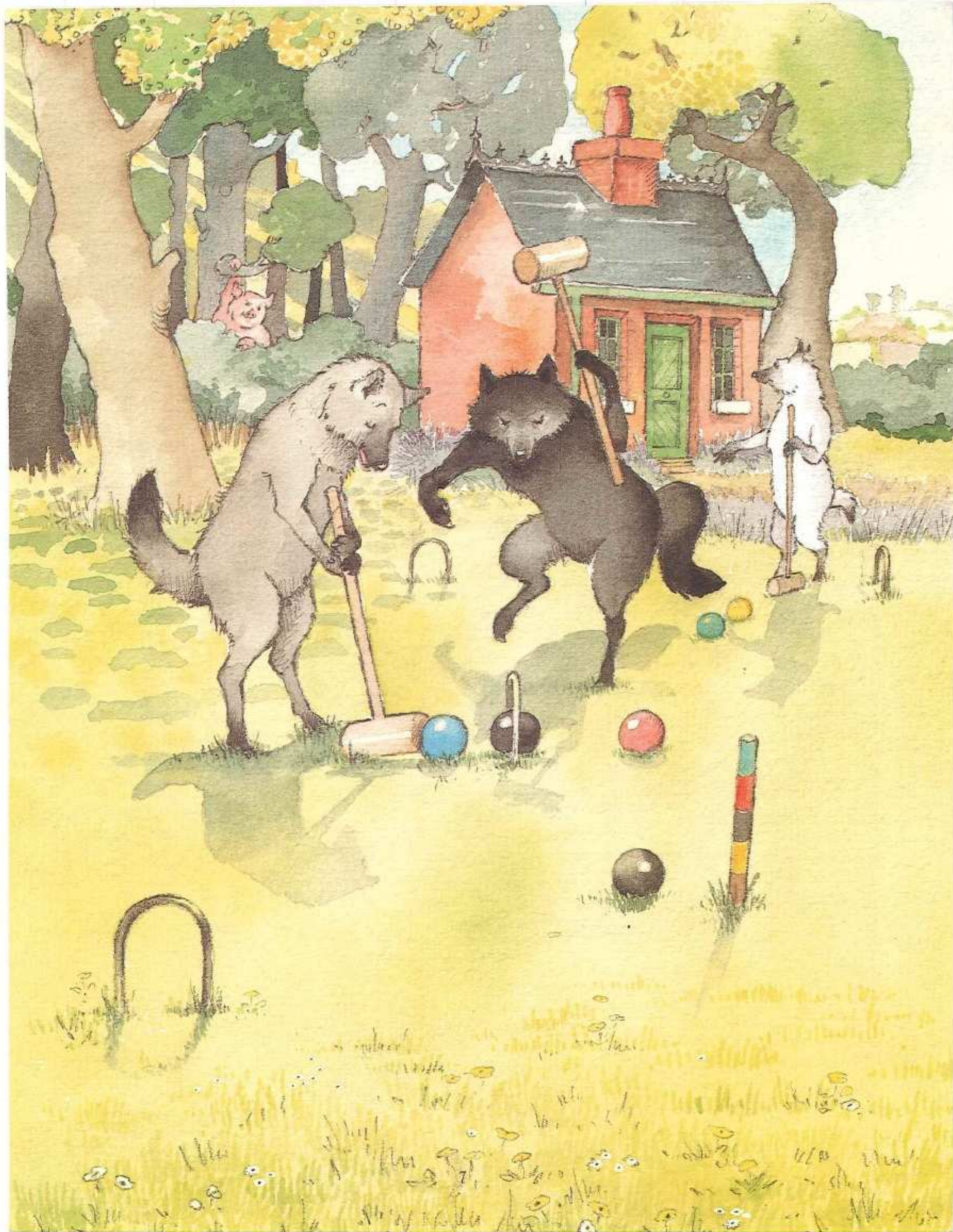
Entonces los tres lobitos se construyeron una casa de ladrillos.



Justo al día siguiente, el Cochino feroz pasó merodeando por el camino y vio la casa de ladrillos que habían construido los lobitos.

Los tres lobitos estaban jugando al cróquet en el jardín. Al ver al Cochino feroz, corrieron a la casa y cerraron la puerta con llave.





El Cochino tocó a la puerta y gruñó.
—Lobitos, lobitos, ¡quiero entrar!



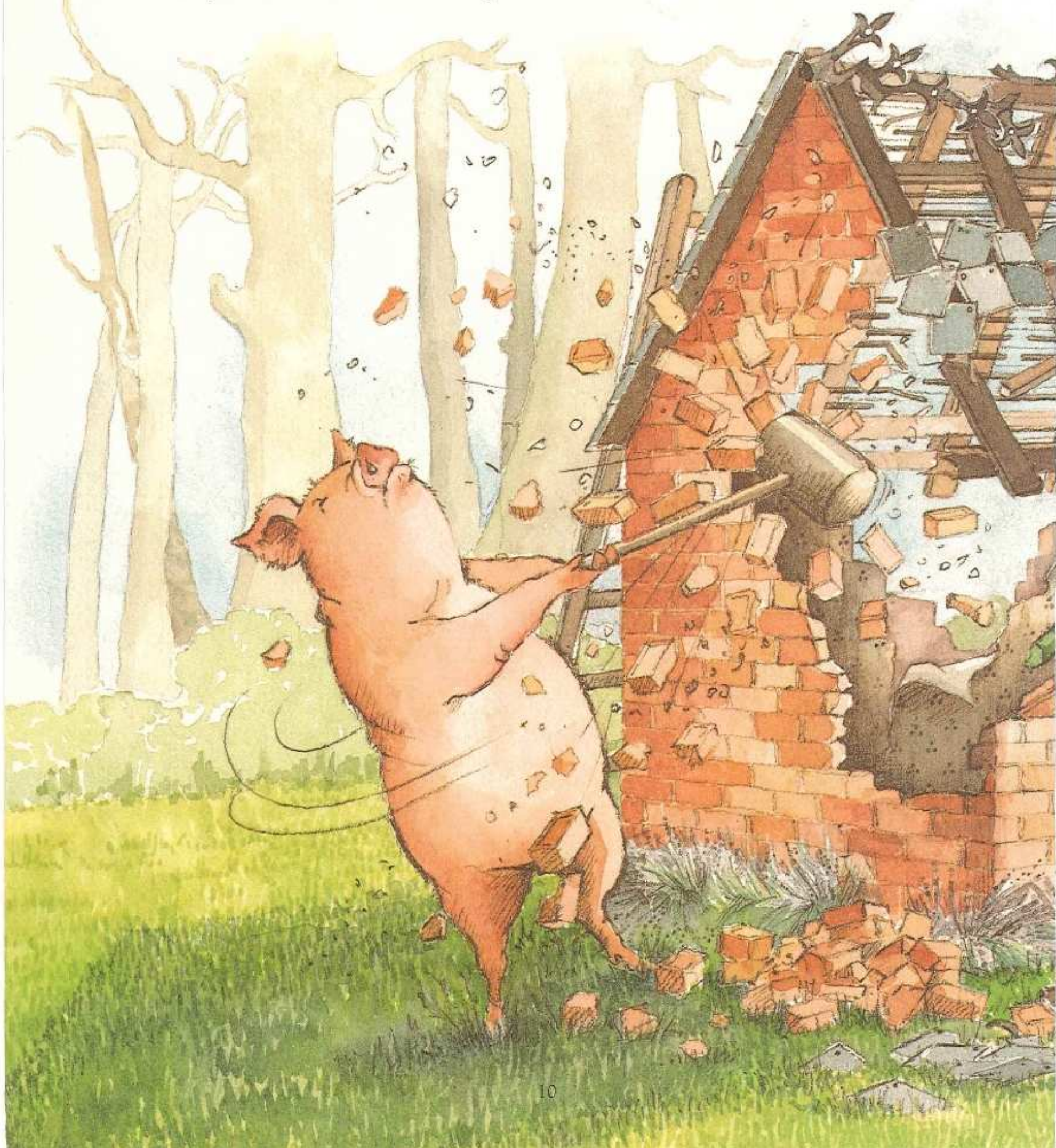
—¡No, no, no! —contestaron los lobitos—
¡Es nuestra casa y no puedes pasar!

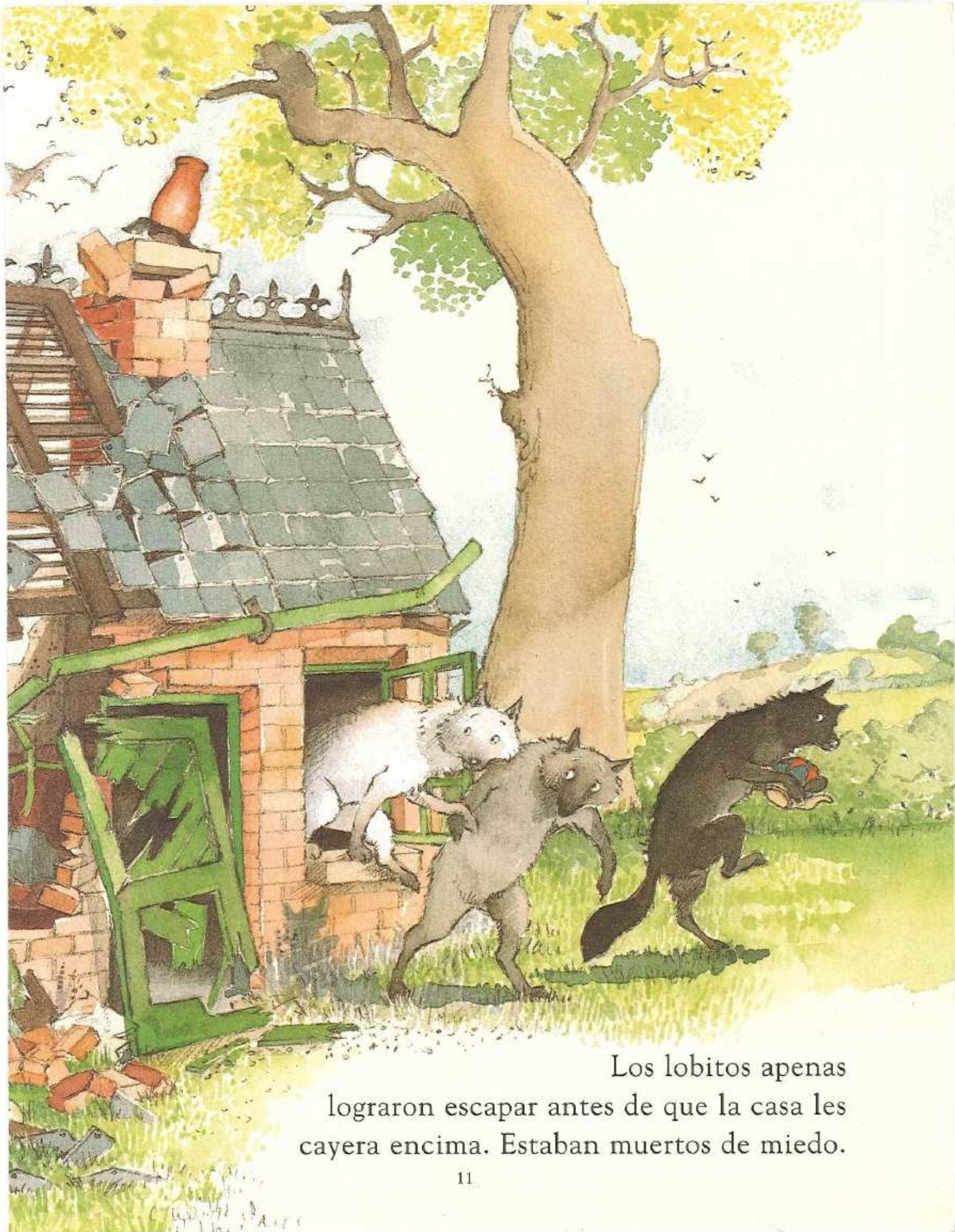
—Entonces soplaré y resoplaré
y la casa derribaré —dijo el Cochino.

Los tres lobitos no abrieron y el
Cochino sopló y resopló, resopló
y sopló, pero la casa no
se cayó.



Pero por algo le llamaban feroz al Cochino feroz.
Trajo su mazo enorme y tumbó la casa.





Los lobitos apenas
lograron escapar antes de que la casa les
cayera encima. Estaban muertos de miedo.



—Tendremos que construir una casa más fuerte
—dijeron. En ese momento, vieron a un castor que
estaba mezclando cemento.

—Por favor, ¿podrías regalarnos un poco de tu
cemento? —preguntaron los lobitos.

—Por supuesto —contestó
el castor, y les dio baldes
y baldes llenos de cemento
espeso y pegajoso.

Así, los tres lobitos
construyeron una casa
de cemento.





Apenas habían terminado, el Cochino feroz pasó merodeando por allí y vio la casa de cemento que habían construido los lobitos.

Los tres lobitos estaban jugando al bádminton en el jardín. Cuando vieron que venía el Cochino feroz, corrieron a la casa y cerraron la puerta.

El Cochino tocó el timbre y dijo:

—Lobitos, miedosos, ¡quiero entrar!

—¡No, no, no! —contestaron los lobitos—.

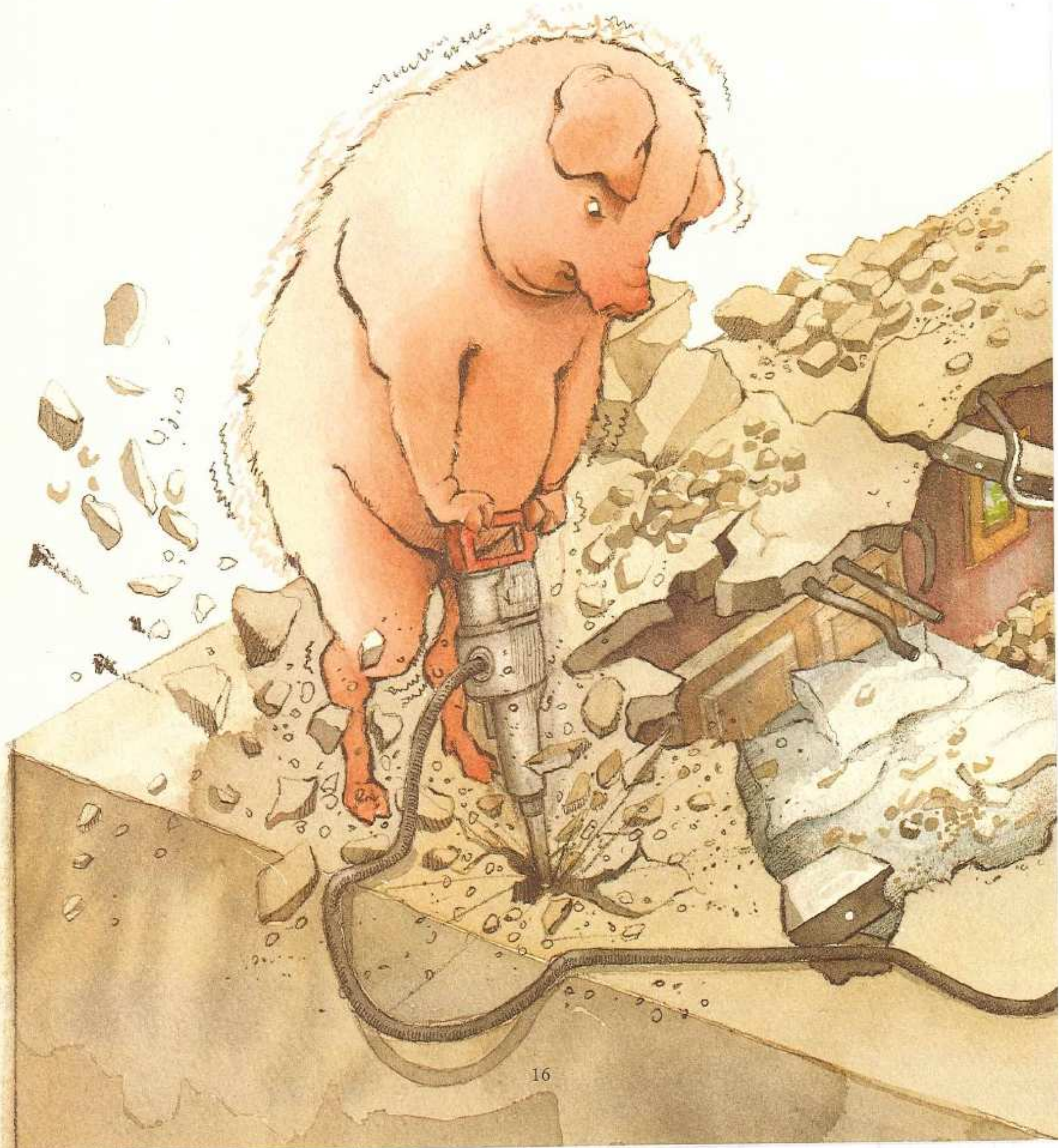
¡Es nuestra casa y no puedes pasar!

—Entonces, soplaré y resoplaré y la casa derribaré —dijo el Cochino.

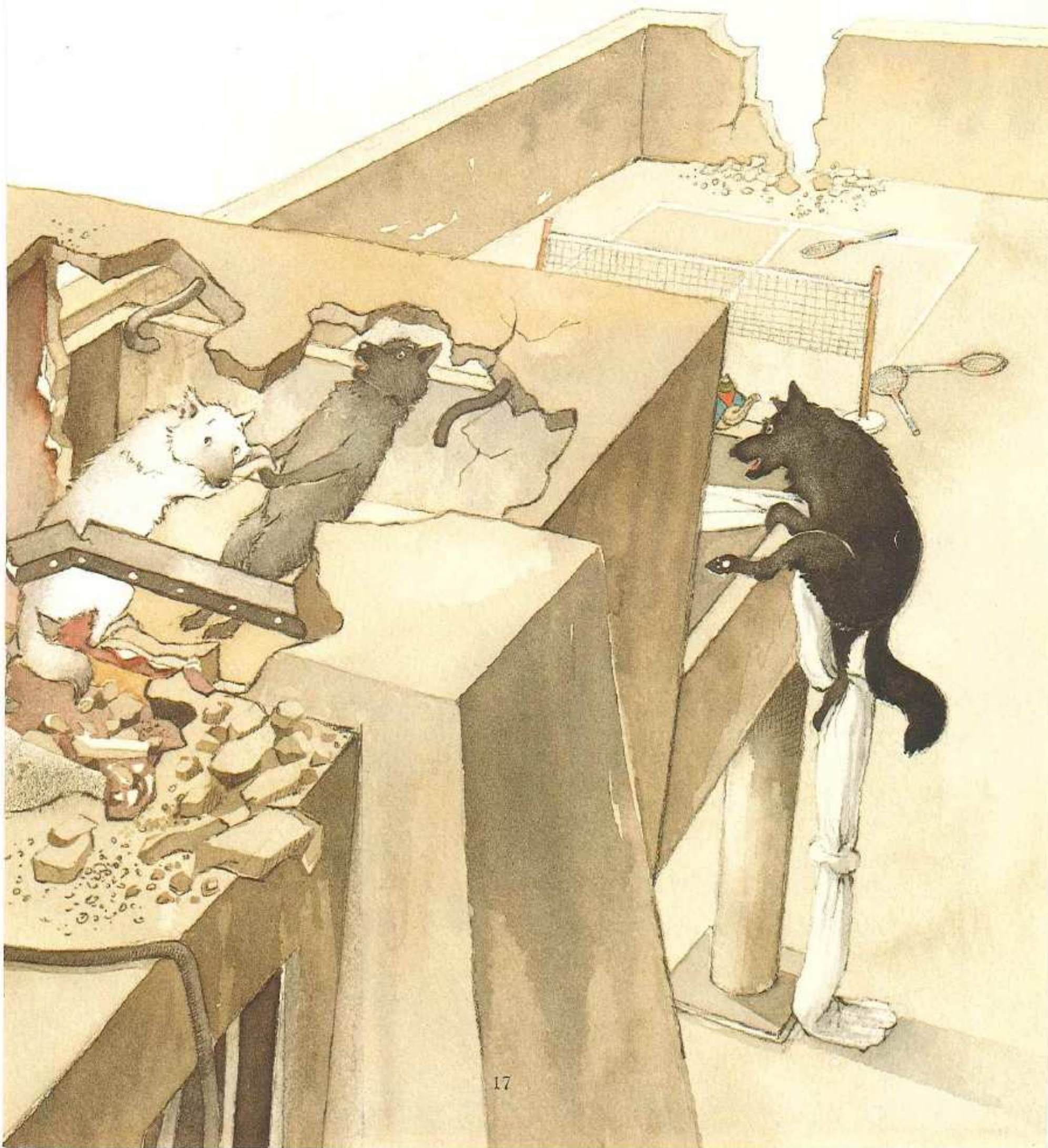
Los lobitos no abrieron y el Cochino sopló y resopló, resopló y sopló, pero la casa no se cayó.

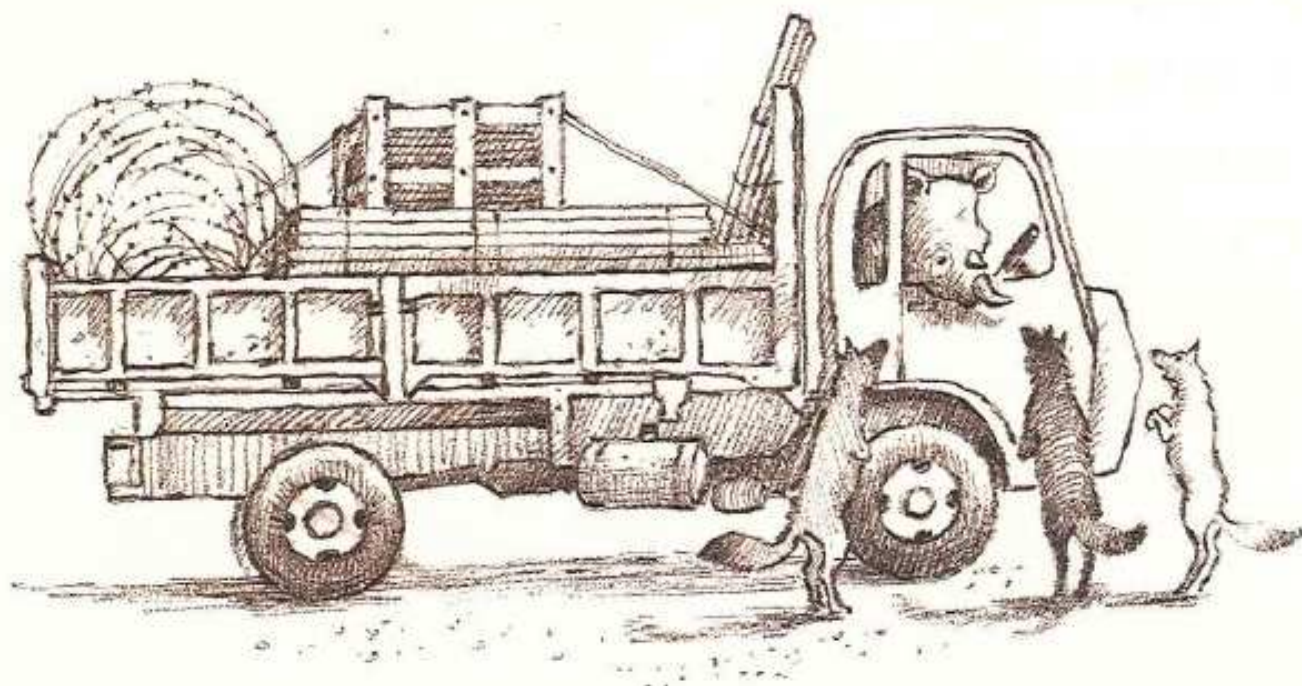


Pero por algo le llamaban feroz al Cochino feroz.
Trajo su enorme taladro y destrozó la casa.



Los tres lobitos lograron escapar, pero estaban muertos de miedo y sus rodillas no paraban de temblar.



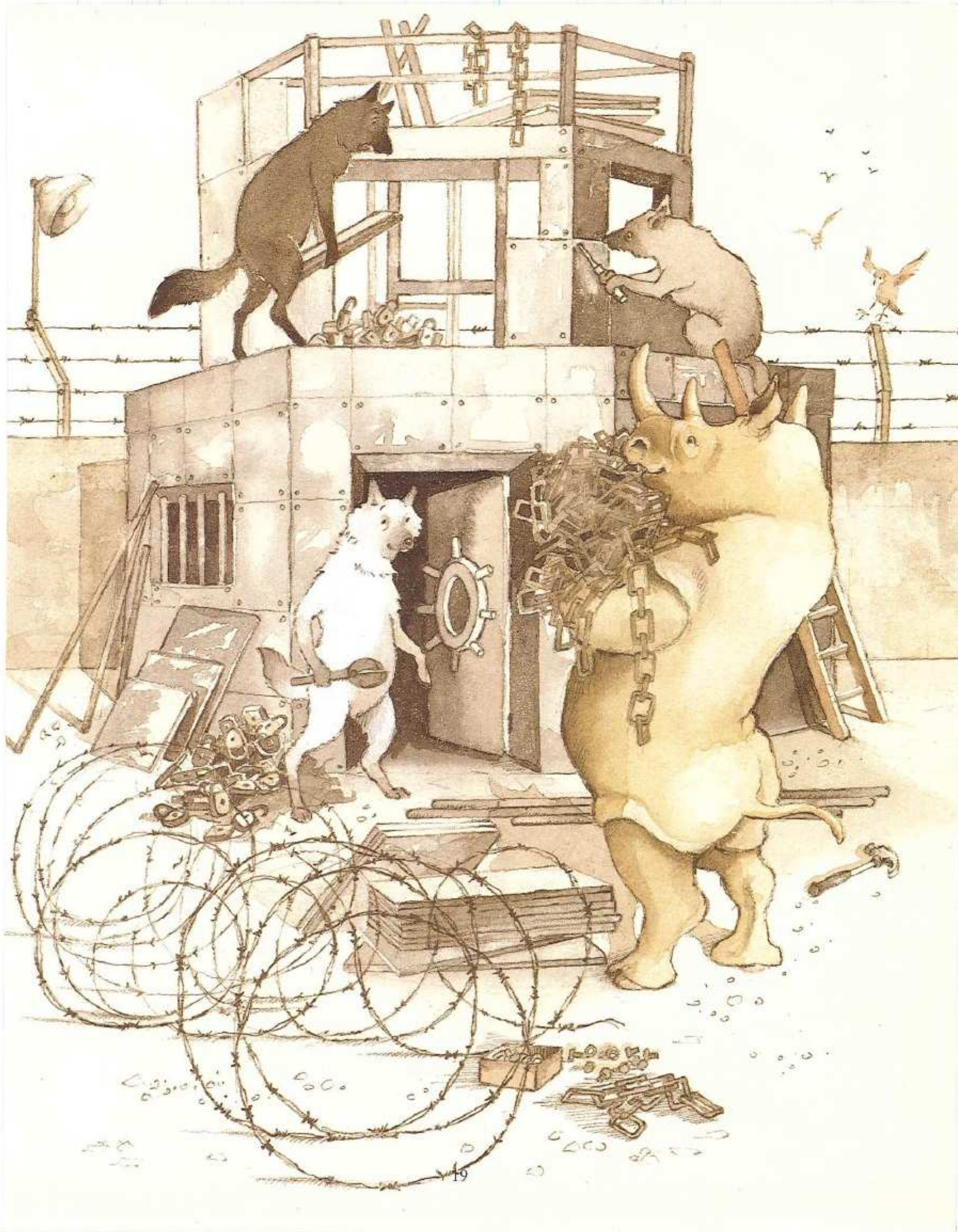


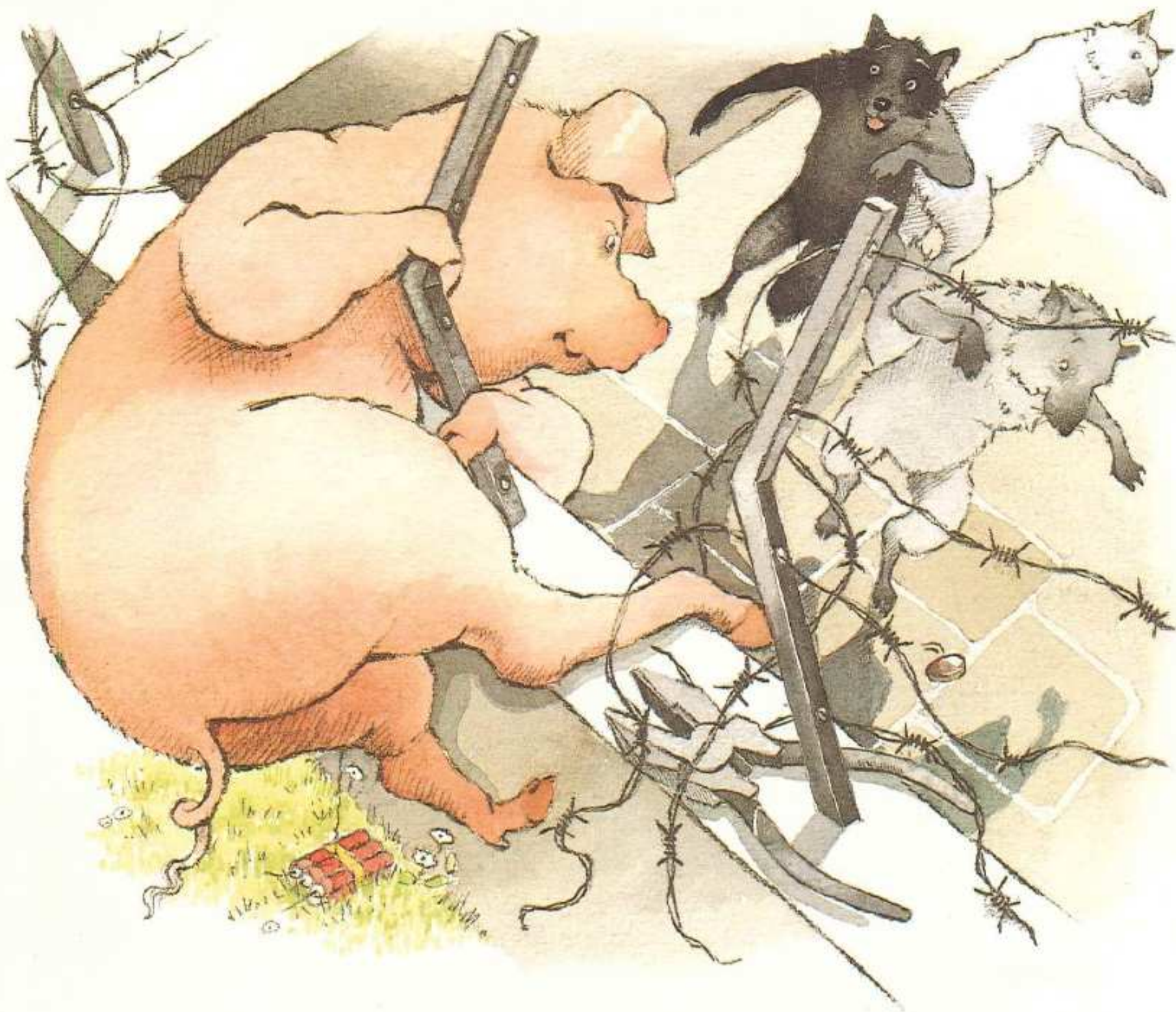
—Construiremos una casa aún más fuerte —dijeron, porque eran muy tenaces. En ese instante, vieron un camión lleno de barras de hierro, placas blindadas, alambre de púas y pesados candados.

—Por favor, ¿podrías regalarnos unas cuantas barras de hierro, varias placas blindadas, alambre de púas y algunos pesados candados? —le preguntaron al rinoceronte que conducía el camión.

—Por supuesto —dijo el rinoceronte, y les dio barras de hierro, placas blindadas, mucho alambre y pesados candados. También les regaló plexiglás y unas cadenas de acero reforzado, porque era un rinoceronte generoso y de buen corazón.

Así, los tres lobitos construyeron una casa muy fuerte. Era la casa más fuerte y más segura que se pueda imaginar. Se sentían tranquilos y completamente a salvo.





Al día siguiente, como de costumbre, el Cochino feroz pasó merodeando por el camino. Los lobitos estaban jugando a la rayuela en el jardín. Al ver al Cochino feroz, corrieron a la casa, pasaron el seguro de la puerta y cerraron los sesenta y siete candados.

El Cochino tocó el intercomunicador y dijo:
—Lobitos miedosos de rodillas tembleques,
¡quiero entrar!

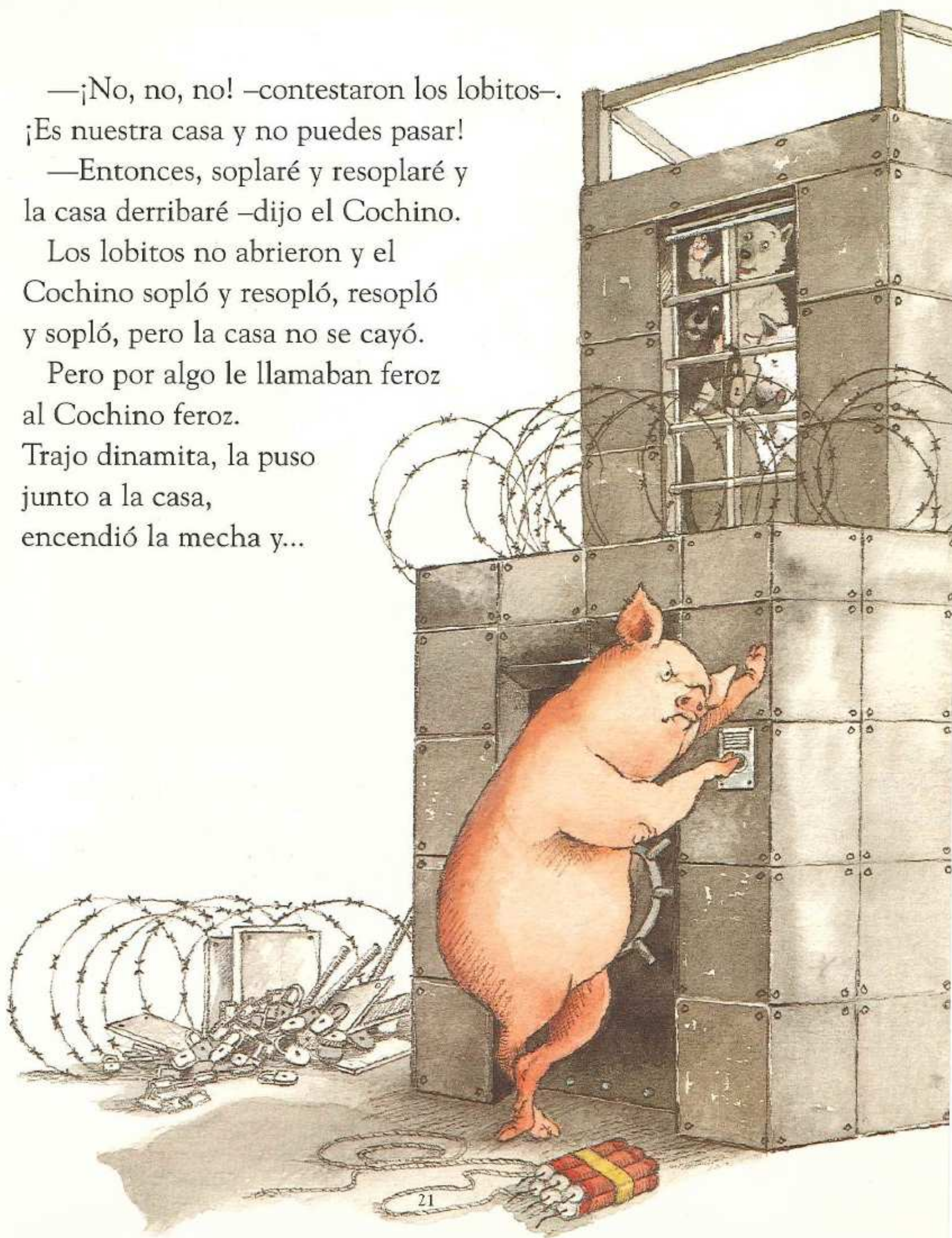
—¡No, no, no! —contestaron los lobitos—.
¡Es nuestra casa y no puedes pasar!

—Entonces, soplaré y resoplaré y
la casa derribaré —dijo el Cochino.

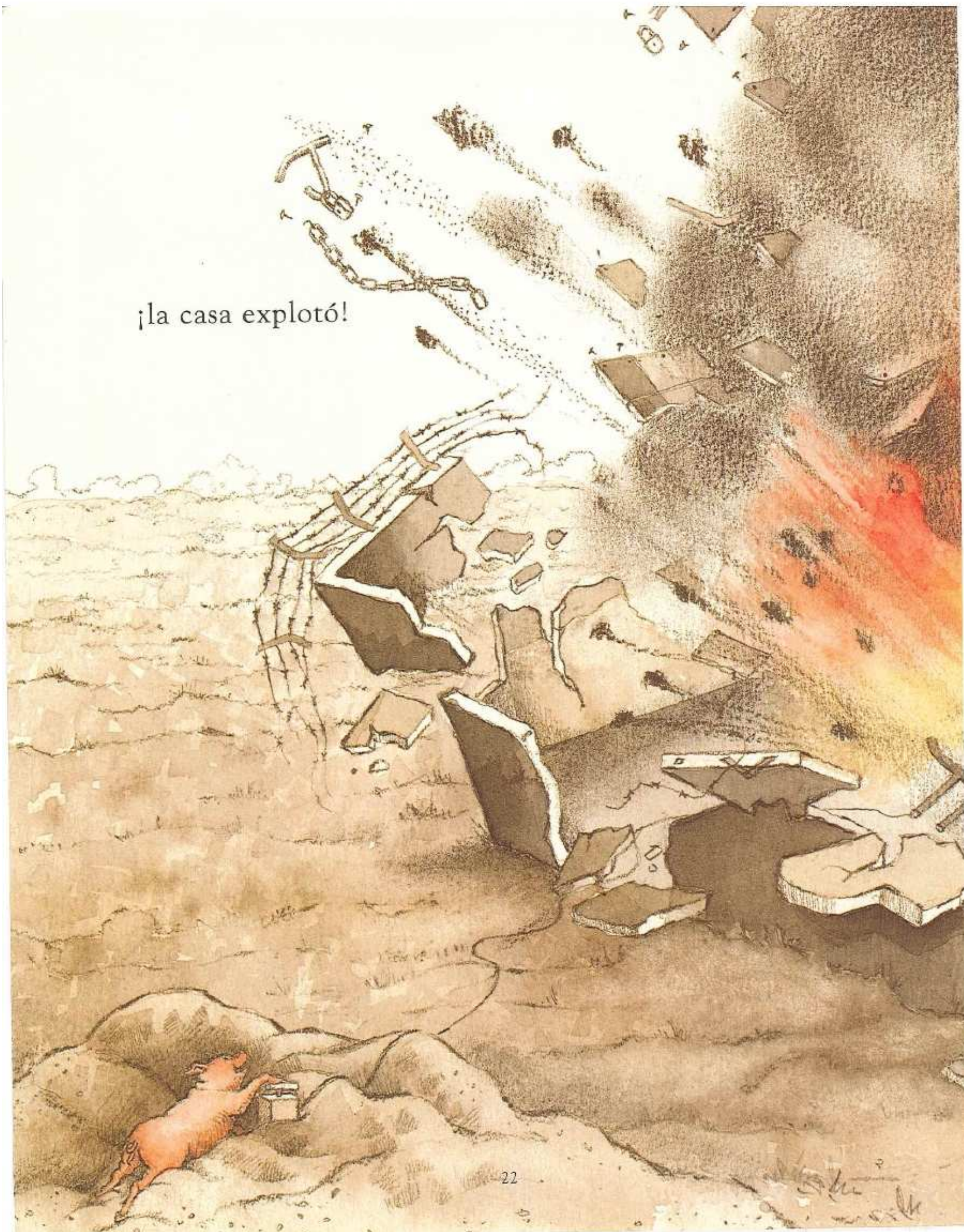
Los lobitos no abrieron y el
Cochino sopló y resopló, resopló
y sopló, pero la casa no se cayó.

Pero por algo le llamaban feroz
al Cochino feroz.

Trajo dinamita, la puso
junto a la casa,
encendió la mecha y...



¡la casa explotó!





Los lobitos apenas lograron escapar.
Estaban muertos de miedo y se habían
chamuscado sus colas de pelusa.

—Tal vez nos hemos equivocado con los materiales de construcción —dijeron—. Tenemos que probar algo distinto, ¿pero qué podrá ser?

En ese momento vieron a un flamenco empujando una carretilla llena de flores.

—Por favor, ¿podrías regalarnos algunas flores? —preguntaron los lobitos.

—Será un placer —contestó el flamenco, y les regaló muchas flores. Así fue cómo los tres lobitos construyeron una casa de flores.





Una pared era de jazmines, otra, de narcisos, otra, de rosas rosadas y otra, de flores de cerezo. El techo era de girasoles trenzados y el suelo, una alfombra de margaritas. Pusieron nenúfares en la bañera y azucenas en la nevera. Era una casa un tanto frágil y se mecía con el viento, pero era muy hermosa.



Al día siguiente, el Cochino feroz pasó merodeando por el camino y vio la casa de flores que habían construido los lobitos.

Tocó la campanilla de la puerta y dijo:
—Lobitos miedosos de rodillas tembleques y colas chamuscadas, ¡quiero entrar!

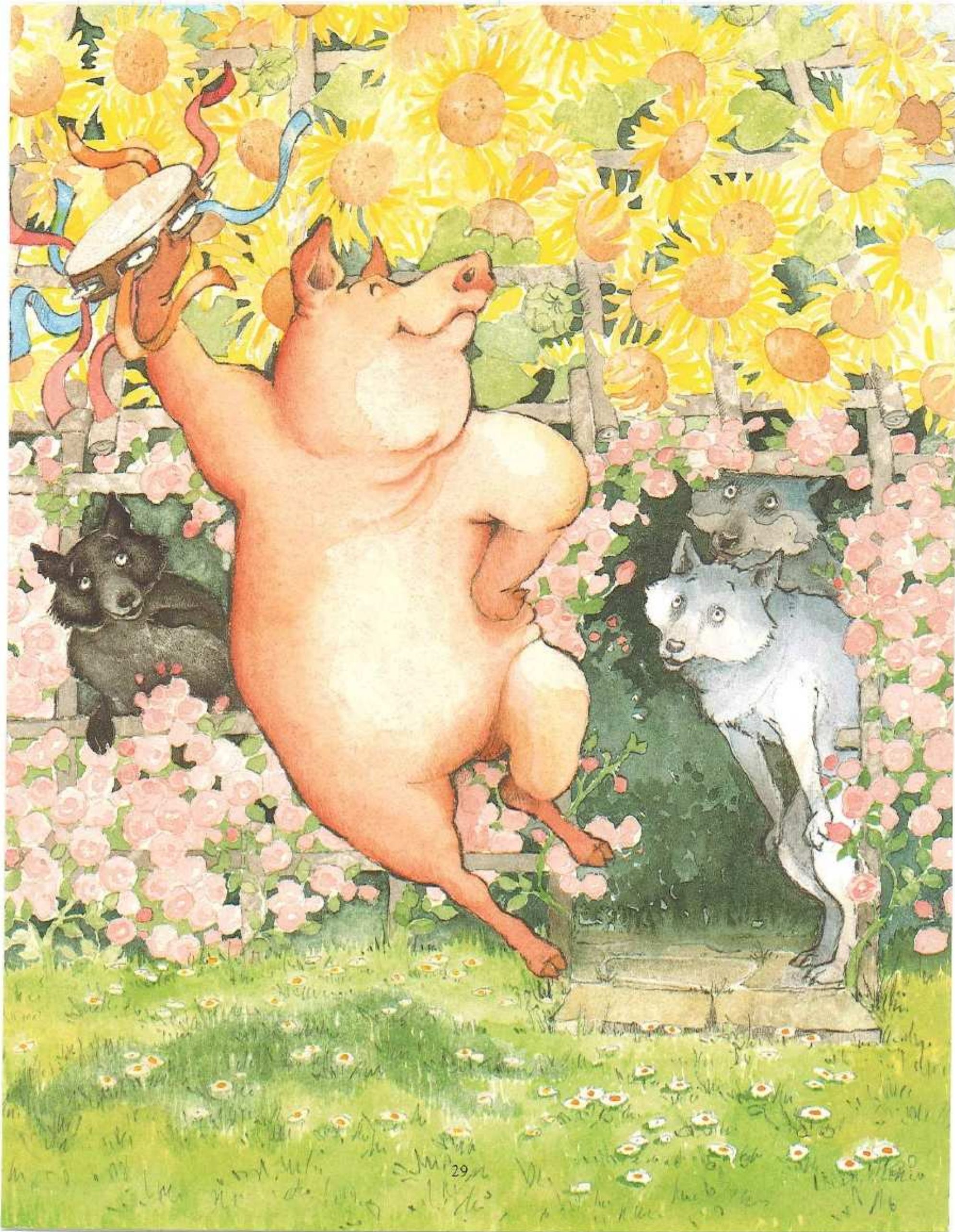


—¡No, no, no! —contestaron los lobitos—.
¡Es nuestra casa y no puedes pasar!
—Entonces, soplaré y resoplaré y la casa destruiré
—dijo el Cochino.



Pero al tomar aire para soplar, sintió el suave perfume de las flores. Era fantástico. Y como el perfume le quitó el aliento, el Cochino respiró aún más profundo. En vez de soplar, comenzó a olfatear.

Aspiró profundamente, hasta que estuvo lleno del fragante aroma. Entonces su corazón se enterneció y se dio cuenta de lo malo que había sido en el pasado. En otras palabras, se convirtió en un cochino buenote. Comenzó a cantar y bailar una tarantela.



Al principio, los tres lobitos desconfiaban pensando que podía ser un truco. Pero pronto se dieron cuenta de que el Cochino había cambiado de veras.

Salieron corriendo de la casa y se pusieron a jugar con el Cochino.



Primero, jugaron a la pelota y luego saltaron a la cuerda.
Y cuando todos se cansaron, lo invitaron a pasar a la casa.

